



PAULO COELHO

Autor de *EL ALQUIMISTA*

El
PEREGRINO
de
COMPOSTELA



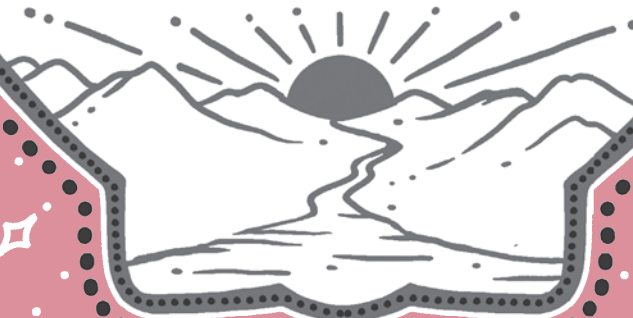
 Planeta



PAULO COELHO



El
PEREGRINO
de
COMPOSTELA



TRADUCCIÓN DE HINDA KATIA SCHUMER

 Planeta



Título original: *O Diário de um Mago*

© Paulo Coelho, 1987

www.paulocoelhoblog.com

Esta edición ha sido publicada de acuerdo con Sant Jordi Asociados, Agencia Literaria, S. L. U., Barcelona, España. www.santjordi-asociados.com

© por la traducción, Hinda Katia Schumer, 1990

© por la traducción del prefacio, Carlos Tatay, 2002

© Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: marzo de 2021

ISBN: 978-84-08-24005-1

Depósito legal: B. 2.485-2021

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Unigraf, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

La Llegada

El vista de aduanas miró detenidamente la espada que mi mujer cargaba, preguntando qué pretendía hacer con ella. Le dije que un amigo nuestro la tasaría para subastarla. La mentira dio resultado; el vista nos dio una declaración de que había entrado con la espada en el aeropuerto de Barajas, y añadió que si teníamos problemas para retirarla del país, bastaba mostrar aquel documento en la aduana.

Fuimos al despacho de la compañía de alquiler de vehículos y confirmamos la reserva de dos turismos. Tras obtener los correspondientes resguardos, fuimos juntos a comer algo en el restaurante del mismo aeropuerto antes de despedirnos.

Yo había pasado una noche sin dormir, en el avión.

—No te preocupes —dijo ella por enésima vez—. Tienes que ir hasta Francia, y en Saint-Jean-Pied-de-Port buscas a Madame Lawrence. Ella te pondrá en contacto con alguien que te conducirá por el Camino de Santiago.

—¿Y tú? —pregunté, ya sabiendo la respuesta.

—Voy hasta donde tengo que ir a dejar lo que me fue confiado. Después me quedaré en Madrid algunos días y volveré a Brasil. Soy perfectamente capaz de ocuparme de nuestros negocios tan bien como tú.

—Lo sé —respondí, queriendo eludir el tema.

Mi preocupación por los asuntos que había dejado en Brasil

era enorme. Aprendí lo necesario sobre el Camino de Santiago en los quince días que siguieron después del incidente en Aguilhas Negras, pero tardé casi siete meses en decidirme a abandonarlo todo y comenzar el viaje.

Y una mañana mi mujer me dijo que la hora había llegado, que la fecha se aproximaba y que, si no tomaba una decisión, debía olvidarme para siempre del camino de la Magia y de la Orden de RAM. Traté de demostrarle que el Maestre me había ordenado una tarea imposible, que no podía evadirme de la responsabilidad del trabajo diario. Ella rio y dijo que yo daba una ridícula disculpa, pues en aquellos siete meses bien poco había hecho aparte de pasar días y noches preguntándome si debía viajar o no. Y con el gesto más natural del mundo, me extendió los dos pasajes con la fecha del vuelo ya marcada.



—Es porque tú lo decidiste que estamos aquí —le dije en el bar del aeropuerto—. No sé si es correcto dejar que otra persona tome la decisión de buscar mi espada.

Mi mujer dijo que, si íbamos a discutir de nuevo por esas tonterías, era preferible subir a los respectivos coches y despedirnos en seguida.

—Jamás dejarías que otra persona tomara ninguna decisión en tu vida. Vamos. Se hace tarde.

Ella se levantó, tomó su equipaje y se dirigió al establecimiento. Yo no me moví. Me quedé sentado, mirando la manera displicente como ella llevaba mi espada, pudiendo resbalar debajo de su brazo a cada momento.

Se detuvo a medio camino, volvió hasta la mesa donde yo estaba, me dio un sonoro beso en la boca y me miró sin decir nada durante largo rato.

De repente, me di cuenta de que estaba en España y de que no podía volver atrás.

Aun con la terrible certeza de que tenía muchas posibilidades de fracasar, había dado ya el primer paso. Entonces abracé a mi mujer con mucho amor, con todo el amor que sentía en aquel momento, y mientras ella estaba en mis brazos recé por todos y en todos los que creía, e imploré que me diesen fuerzas para volver con ella y con la espada.

—Bonita espada, ¿verdad? —comentó una voz femenina en la mesa de al lado, después que mi mujer se fuera.

—No te preocupes —respondió una voz de hombre—. Te compraré una exactamente igual. Aquí en España las hay en muchas tiendas de objetos turísticos.



Después de conducir durante una hora, el cansancio acumulado durante la noche anterior comenzó a hacerse sentir. Además, el calor de agosto era tan intenso que, aunque fuésemos por una carretera de poco tránsito, era inevitable que el coche mostrara signos de recalentamiento. Resolví detenerme brevemente en un pueblo donde los carteles de la carretera anunciaban un monumento nacional. Mientras subía la cuesta que me llevaría allí, comencé a repasar una vez más todo lo que había aprendido sobre el Camino de Santiago.



De igual modo que la tradición musulmana exige que todo fiel haga por lo menos una vez en su vida el camino que hizo Mahoma de La Meca a Medina, el primer milenio del cristianismo conoció tres rutas consideradas sagradas y que daban una serie de bendiciones e indulgencias a quien hiciese alguna de ellas.

La primera ruta conducía hasta la sepultura de san Pedro en Roma; sus caminantes tenían por símbolo una cruz y eran llamados *romeros*. La segunda ruta conducía hasta el Santo Sepulcro de Cristo en Jerusalén, y los que hacían este camino eran llamados *palmeros* porque tenían como símbolo las palmas con que Cristo fue saludado con ocasión de su entrada en la ciudad. Finalmente, existía un tercer camino, un camino que conducía hasta los restos mortales del Apóstol Santiago, enterrados en un lugar de la península Ibérica, donde, en determinada noche, un pastor había visto una estrella brillante sobre un campo. La leyenda cuenta que, no *sólo* Santiago, sino la propia Virgen María, estuvieron allí inmediatamente después de la muerte de Cristo, llevando la palabra del Evangelio y exhortando a los pueblos a convertirse. El lugar quedó conocido como Compostela —el camino de la estrella— y luego surgió una ciudad que atrajo a viajeros del resto del mundo cristiano. A estos viandantes que caminaban por la tercera ruta sagrada les fue dado el nombre de *peregrinos*, y pasaron a tener como símbolo una concha.

En su época áurea, en el siglo xiv, la Vía Láctea (porque en la noche los peregrinos se orientaban por esta galaxia) llegó a ser recorrida todos los años por más de un millón de personas procedentes de todos los rincones de Europa. Hasta hoy, místicos, religiosos e investigadores hacen todavía a pie los setecientos kilómetros que separan la ciudad francesa de Saint-Jean-Pied-de-Port de la catedral de Santiago de Compostela en España.¹ Gracias al sacerdote francés Aymeric Picaud, que peregrinó hasta Compostela en 1123, la ruta seguida hoy por los

1. El Camino de Santiago en territorio francés estaba marcado por varias rutas que se unían en la localidad española llamada Puente la Reina. La pequeña ciudad de Saint-Jean-Pied-de-Port está localizada en una de estas rutas, que no es la única ni la más importante.

peregrinos es exactamente la misma que recorrieron Carlomagno, san Francisco de Asís, Isabel de Castilla y, más recientemente, el papa Juan XXIII, entre otros.

Picaud escribió cinco libros sobre su experiencia, presentados como trabajo del papa Calixto II –devoto de Santiago– y conocido más tarde como el *Codex Calixtinus*. En el libro V del *Codex Calixtinus*, «Liber Sancti Jacobi», Picaud enumera las marcas naturales: fuentes, hospitales, refugios y ciudades que se extendían a lo largo del camino. Basada en anotaciones de Picaud, una sociedad –Les amis de Saint-Jacques (Santiago es *Jacques*, en francés; *James* en inglés; *Giacomo* en italiano; *Jacobo* en latín)– se encarga de mantener las marcas naturales y orientar a los peregrinos.

Alrededor del siglo XII, la nación española comenzó a aprovechar la mística de Santiago en su lucha contra los moros que habían invadido la Península. Varias órdenes militares fueron creadas a lo largo del Camino, y las cenizas del Apóstol se tornaron en poderoso talismán espiritual para combatir a los musulmanes que decían tener consigo un brazo de Mahoma.

Acabada la Reconquista, sin embargo, las órdenes militares ostentaban tal poder que comenzaron a amenazar al Estado, obligando a los Reyes Católicos a intervenir directamente, para evitar que estas órdenes se levantaran contra la nobleza. Debido a esto, el Camino fue cayendo en el olvido poco a poco, y a no ser por manifestaciones artísticas esporádicas, como *La Vía Láctea*, de Luis Buñuel, o *Caminante*, de Juan Manuel Serrat, rara vez se recuerda que por allí pasaron millares de personas que más tarde irían a poblar el Nuevo Mundo.



El pueblo adonde llegué en coche estaba totalmente desierto. Después de mucho buscar encontré una pequeña venta adosa-

da a una vieja casa de estilo medieval. El dueño —que no quitaba la vista de un programa de televisión— me avisó que aquella hora era la de la siesta y que yo debía de estar loco para viajar por la carretera con tanto calor.

Pedí un refresco, traté de mirar un poco la televisión, pero no conseguí concentrarme en nada. Pensaba solamente en que dentro de dos días iría a revivir, en pleno siglo xx, un poco de la gran aventura humana que trajo a Ulises de Troya, anduvo con don Quijote de la Mancha, llevó a Dante y Orfeo a los infiernos y a Cristóbal Colón hasta las Américas: la aventura de viajar en dirección a lo Desconocido.



Cuando entré de nuevo en mi coche ya estaba un poco más tranquilo. Aun cuando no descubriese mi espada, la peregrinación por el Camino de Santiago haría que al final me descubriese a mí mismo.